

Sabine Dievenkorn y Rori Picker-Neiss

Transculturalismo e interreligiosidad: complicado, pero ya contábamos con ello

El Congreso de la ESWTR en Viena celebrado en agosto 2017 llevó por título “Translation. Transgression. Transformation.” Antes de cualquier teoría os proponemos primero algunas reflexiones prácticas, teológicas y transversales.¹ Los desafíos que queremos compartir en esta introducción lo hemos encontrado en nuestro propio trabajo, tanto práctico como teórico y son, sobre todo, desafíos que hemos encontrado en nosotras mismas. La mala noticia, por así decirlo,² es que pensamos que son trampas en las que la mayoría caemos, de una u otra forma. Por otra parte, lo bueno es que en ellas, el elemento crucial es el CONOCIMIENTO CONCIENTE. No hay una fórmula mágica para eliminar los desafíos que se nos presentan y tan solo podemos ser conscientes de su presencia a medida que navegamos a través de este campo de construcción comunitaria interreligiosa.

Suponemos que sabemos

El primer desafío que aparece es la trampa de suponer que, como diseñadoras de la construcción comunitaria interreligiosa, sabemos lo que estamos haciendo. Puede parecer superficial, pero lo decimos en serio. Cada relación es única. Por ejemplo, estar casado con una persona no nos convierte en expertas en todas aquellas personas que comparten ese sexo, ni en su disciplina de trabajo, ni tampoco en su grupo étnico. Existen herramientas para el diálogo interreligioso, pero no disponemos de una fórmula única para utilizarlas. En

¹ Este artículo es fruto de una conferencia y posterior discusión, que llevó por título: “The challenges of Interreligious community building”. Su transcripción es compartida con Rori Picker-Neiss, directora del Jewish Community Relations Council de San Luis, Missouri, EE.UU. Esta conferencia fue una invitación del Council on Foreign Relations (CFR) dentro del ciclo dedicado a Religion and Foreign Policy Conference Call series y que se celebró el 17 de abril de 2018.

² Somos conscientes del lenguaje patriarcal y del dualismo conceptual con el que ilustramos estas situaciones creadas por un patriarcado de la así llamada buena voluntad.

definitiva, cada encuentro con el otro y con la otra constituye un nuevo encuentro. Igual sucede cuando construimos relaciones con personas o con grupos de personas. Sentimos que podemos conocerlas y entenderlas, creemos que conocemos sus comunidades y su fe en sus tradiciones, pero puede que estemos sintiéndonos suficientes con nosotros mismos. No hacemos preguntas. Damos por supuestas muchas de las cosas que sabemos sobre ellas y sobre otras como ellas. Y, al final, nos encontramos cayendo en estereotipos y en concepciones erróneas. Podemos estar repitiendo actitudes muy parecidas a las que estamos denunciando, sencillamente, por no tener amplitud de criterio para aprender acerca de los demás. Ese es el peligro que corremos al suponer que sabemos.

Incluso dentro de las relaciones que cultivamos y sobre aquellas que reflexionamos teóricamente, nos encontramos ante el desafío de suponer qué las comprendemos. Porque en la medida en que una persona habla, y otra escucha, nos parece entender sus palabras pero, de hecho, las hemos traducido según nuestro propio vocabulario y los conceptos que nosotros comprendemos.³ Debemos tener siempre presente que hablamos diferentes idiomas. Esto sucede también en las religiones, incluso cuando compartimos la misma lengua materna. Por ejemplo, una persona judía puede decirte a ti, que eres cristiana, que ella cree en Dios y que Dios tiene un plan para toda la humanidad, y que esta divinidad es justa y misericordiosa. Es posible que, al escucharla pensemos que tiene sentido, e incluso afirmar que creemos lo mismo. Sí, pero la comprensión de Dios es fundamentalmente diferente. Los objetivos finales para la humanidad, la idea de justicia y de misericordia no son los mismos, aunque recurramos a las mismas palabras. Así, nos separamos creyendo que se dio un encuentro maravilloso y pensamos que somos iguales. Afirmando que cada una sabe lo que la otra cree, cuando lo cierto es que, en realidad, no tenemos ni idea.

Que quede claro: no tiene nada de malo no saber lo que la otra persona cree. Pero no podemos afirmar que sabemos lo que la otra persona cree, cuando en realidad no es así.

A veces olvidamos que las relaciones interreligiosas son como el resto de las relaciones. No podemos decir que sabemos como fue para otro crecer en su país, en su ciudad o incluso en su hogar. Hay miles de factores que

³ Somos concientes de la posible circularidad de este argumento en el marco de la filosofía del lenguaje y la traducción, pero para nuestros propósitos teológicos e interreligiosos actuales, que así sea.

contribuyen a hacer lo que cada uno de nosotros es. La religión es uno más de estos factores, pero no es insignificante. Las palabras que utilizamos intentan dibujar una imagen. Pero las palabras están también enraizadas en muchas otras facetas de nuestras existencias. Debemos pues recordar que hablamos y escribimos diferentes idiomas. Y es importante enfatizar que, a menudo, las minorías están obligadas a aprender a hablar los idiomas de la mayoría, pero las mayorías no siempre necesitan aprender a hablar los idiomas de las minorías. Esto también se repite en el lenguaje religioso, en la teología y en el diálogo religioso y en la vida cotidiana. Por ejemplo, al hablar con una persona judía, nadie se refiere a un sacerdote como un “rabino cristiano”, pero sí, al rabino, como un “sacerdote judío”. No solemos escuchar tampoco que alguien llame a la Biblia, la “Torá cristiana”. No son prácticas comunes, ni siquiera en diálogos interreligiosos. El uso omnipresente del término “teología”, un término que refiere tradicional y exclusivamente a la reflexión cristiana sobre Dios, es un ejemplo que podría servirnos también para ilustrar esta situación.

La traducción interreligiosa

Aprendemos al traducir. Pero las traducciones son siempre interpretaciones. Los judíos pueden no considerar la Torá de la misma manera que un cristiano considera una Biblia, en términos de autoridad, en términos de santidad, en términos de cómo acercarse a su estudio. Y llamar a la Torá “la Biblia judía” es hacer que alguien piense que la relación cristiana con la Biblia es equivalente a la relación judía con la Torá, algo que en realidad no es así. No solo porque la Biblia no es lo mismo que la Torá, y no solo porque las tradiciones en torno a cada una son diferentes, sino porque yo soy una persona diferente. Y si piensan que me conocen porque se conocen a sí mismas, entonces no podemos llegar a ninguna parte, ya no creemos que tengamos que intentarlo, porque opinamos que hemos terminado nuestro trabajo.

El lenguaje, por sí mismo, resulta insuficiente para superar estos obstáculos. Y cada vez más, estamos explorando formas de agregar otras maneras de encontrarnos a través de acciones compartidas, eventos compartidos, arte compartido. Estas ocasiones pueden ser maravillosas y, con frecuencia, son más eficaces que el hecho de mantener un diálogo mientras permanecemos sentados discutiendo en torno a una mesa.

La presencia de nociones preconcebidas

Debemos también advertir de que no podemos utilizar encuentros interreligiosos para respaldar nuestras nociones preconcebidas, nociones sobre las otras

personas, o incluso tal vez sobre nosotras mismas. Nos gusta entrar en estos espacios de diálogo para validar aquello que ya pensábamos inicialmente. Nos decimos que somos tolerantes, que somos personas de mentes amplias y que no somos racistas ni tampoco antisemitas. Y esperamos que sea cierto, pero a menudo podemos estar entrando en estos ámbitos buscando reforzar nociones preconcebidas, en lugar de ser amplias y estar dispuestas al descubrimiento y a la novedad. En ese caso, entramos en una comunicación interreligiosa cerrada a muchas de las realidades que podríamos escuchar.

Ponemos el oído y la mirada en aquello que nos gusta o nos disgusta, en lo que queremos decirles y en cómo queremos reaccionar frente a ellas, en lugar de experimentarlas tal como son.

La elección de nuestras compañeras y compañeros

Esto nos lleva al desafío final que queremos destacar y que, quizás, para la construcción interreligiosa de la comunidad sea uno de los más importantes: el elegir a nuestros compañeras y compañeros.

A menudo, nos encontramos en espacios auto seleccionados a priori. Los que se acercan al diálogo interreligioso son inherentemente personas dispuestas a hablar sobre su religión y a aprender acerca de los demás.

Aquellos que creen que todos irán al infierno, que las otras religiones son malas o aquellos que creen que tienen la única respuesta prefieren quedarse en sus casas. Esta situación es difícil pues no hay mucho que pueda hacerse al respecto. Las personas que no quieran unirse no pueden ser forzadas a hacerlo.

La elección de nuestras compañeras y compañeros de camino es un proceso consciente e inconsciente. Elegimos a las personas con las que nos gusta hablar y trabajar. No es incorrecto que nos gusten aquellas personas con las que trabajamos. Los esfuerzos son mucho más divertidos y eficientes. Con ellas podemos conseguir muchos logros, pero al elegir las dejamos afuera a las personas y las ideas que no nos gustan. Tendemos a eliminar las doctrinas, opiniones y conceptos que encontramos desafiantes. Excluimos lo que nos parece provocativo, radical, irracional o irrazonable. Nuestro trabajo no es simplemente hablar con esas personas y discutir estas teologías que nos gustan, sino también reflexionar y analizar las teorías que no aceptamos, con personas que no nos gustan y con las ideas, las culturas y las religiones que no nos agradan.

Es difícil llevarlo a cabo, pero era algo con lo que ya contábamos. Esto es precisamente de lo que se trata.

Sabine Dievenkorn estudió en la Freie, la Technische y la Humboldt universidad de Berlín teología, matemáticas, física y estudios alemanes. Es una científica de Educación y Traducción, tiene un doctorado en Teología y es pastora ordenada de la iglesia protestante. Su investigación se centra en la tensión hermenéutica teológica entre la exégesis y eisegesis en la cultura y la religión. Trabaja como profesora de Teología Práctica, Género y Estudios de Traducción y vive en Chile e Israel. Como cofundadora y directora académica de la Academia de Teología Femenina „María Magdalena“ en Santiago de Chile, tradujo textos bíblicos de acuerdo con los estándares de desclasificación y de(s)colonialización y desarrolló una teología traslacional. Desde 2015 junto con Teresa Toldy, es la editora de la revista de la ESWTR.